

CAPITULO XXX.

Industria.

FELIZMENTE para nosotros pasó ya el tiempo en que eran deprimidas las artes y se veía á los que á ellas se dedicaban con el insolente desprecio con que algun pretendido aristócrata mira hoy á las personas de su servidumbre; por fortuna las instituciones y las costumbres han echado por tierra la tiranía y las preocupaciones de otras épocas, y para bien nuestro el presente nos halaga con bellísimas esperanzas. La historia confirma esta verdad: *nunca el porvenir es la repetición del pasado*, y solo esto es consolador para los que esperamos continuos progresos. Al traves de muchas vicisitudes, humillaciones y padecimientos, la clase in-

dustrial, á la que adornan tantas virtudes, se ha elevado al nivel de las otras clases sociales, ha conquistado la igualdad, á la que tiene derecho y á la cual fué siempre acreedora.

Pero para llegar á este resultado, el infortunio pesó sobre los que nos precedieron. Como siempre las generaciones pasadas alivian los padecimientos de las venideras, nuestros padres sufrieron y nosotros cosechamos el fruto de sus sacrificios. La necesidad creó donde quiera la industria, y no podía eludir el cumplimiento de la ineludible ley de aquella, la sociedad cuya historia escribo. A medida que la poblacion creció, fué indispensable buscar nuevas fuentes de produccion, recursos no explotados que satisficiesen las crecientes necesidades del mayor número.

La historia de Aguascalientes tiene de comun con la de todos los pueblos, el origen de los pobladores, sus esfuerzos, su marcha penosa y lenta por la vía del progreso; no tiene de comun, ciertas circunstancias que determinaron su crecimiento y crearon su industria. Primero el pastor, la cabaña, la aldea; despues las rancherías, la *hacienda*, el pueblo, etc.; primero los ganados, la agricultura; despues la industria, el comercio.

Tardó el desarrollo de éste y aquella por causas conocidas. La mayor parte del territorio del Estado era hace menos de dos siglos, el patrimonio de los descendientes de los conquistadores; la minería estaba en manos de los jesuitas. Monopolizados esos ramos de la riqueza privada y pública; creciendo las necesidades á medida que la poblacion crecia; cerca de San Luis, Guanajuato, Zacatecas y otros lugares que explotaban

minas y consumían las producciones de nuestra agricultura, estaba indicado que los brazos ociosos debían dedicarse á otras tareas. Era preciso producir lo que aquellas poblaciones no produjesen; era necesario que la industria naciese allí donde el monopolio de la minería y la agricultura estancaba el trabajo en pocas manos.

Nacieron en aquel tiempo las artes, pero las artes groseras que estaban en relacion con el estado de atraso en que se mantenía la Nueva España. Los especuladores de allende y aquende los mares, traían efectos del extranjero—pocos de la metrópoli—que vendían al precio que fijaba la mas desenfadada avaricia; pero no venían con estos ni nociones siquiera sobre el modo de producirlos en nuestro país, nociones que ignoraba la misma España. Cerrados nuestros puertos al comercio directo con las naciones industriales, no podían éstas brindarnos con el contingente de sus conocimientos para salir del estado de ignorancia y abyeccion en que nos mantenía el fanático pueblo español, ese pueblo que mató su industria y su comercio con la expulsion de los moros y los judíos. Y si á esto se agrega que el consorcio del rey y el Santo Oficio, la tiranía de aquel y la suspicacia de éste habían embrutecido á los mexicanos, muy pocos de los cuales sabían leer; que si era difícil la introduccion al país de libros útiles, lo era mas todavía que hubiese quien los tradujese, se comprenderá que nuestra industria debía nacer y crecer por sí sola.

Cuando tuvo lugar en Aguascalientes la inauguracion del primer templo católico, (San Diego) el 7 de

Enero de 1647, ya existían carpinteros, herreros y, en corto número, talleres pequeños de hilados y tejidos. Los frailes dieguinos habían llevado artesanos de esta capital, que construyeron los altares, que eran de madera. Aquellos fueron maestros de otros que se dedicaron á los oficios mas indispensables en la época.

Otro acontecimiento dió impulso á nuestra naciente industria, cuando comenzaron á dar pingües productos las minas de Bolaños. Situado Aguascalientes en el camino por donde venían á esta capital *las platas del rey*, como entonces se decía, y regresaban fuertes cantidades de dinero, creció el tráfico, aumentó, aunque poco todavía, el número de pobladores de nuestro suelo. Entre éstos iban algunos artesanos, probablemente de Querétaro, en donde desde ese tiempo se desarrolló la industria; y una parte de la poblacion se dedicó á hilar y tejer el algodón, obra laboriosísima entonces por la falta de instrumentos y maquinaria que ayudasen al trabajo manual.

A lo grosero de los útiles del trabajo debió corresponder la manufactura. Hilando en malacate de mano, como hiló Hércules á los pies de Dafne, segun la mitología, para llevar de allí los gruesos hilos á un *avío*, de hilo tambien; abriendo éste la tela para la introduccion de la trama que se apretaba con *zozopaxtle*, la manta que se fabricaba debió ser demasiado grosera. Esta era blanca, pues la tintorería fué desconocida; de manera que estábamos mas atrasados en los siglos XVII y XVIII, que los fenicios en tiempo de Homero y de Salomon. Mientras que los tintoreros de Sidon producían desde entonces su lujosa púrpura y da-

ban multitud de colores vegetales y animales, (extraían un licor de las conchas) nosotros, en los siglos á que me refero, no sabíamos servirnos del añil y el palo de tinte; mientras los griegos en la remota época de la guerra de Troya, catorce siglos ántes de Jesucristo, curtían pieles y tejían lino y lana, fabricábamos nosotros telas tan toscas hace poco tiempo.

Mas tarde vinieron los cardadores, los tornos y los telares, facilitando la fabricacion de la manta y de algunas obras de lana. De esta materia se hacían frazadas, *jerga* y *schomite*, y de algodón, *rebozos*, manta y *variada*. Comenzóse á hacer uso del añil, la cochinilla, etc., para dar colores á las telas, siendo éstas todavía muy corrientes á fines del siglo pasado. A principios del actual eran ya muchos los talleres que había en Aguascalientes; D. Jacinto López Pimentel estableció una fábrica en el «Obraje,» edificio que puede contener centenares de trabajadores, y á esa fábrica dió despues un grande impulso su hijo D. Tomás, industrioso benefactor de aquella ciudad. De allí salían paños y otros géneros de lana; mantas y otros géneros de algodón; *rebozos* de algodón, de *hilo bolita* y de seda.

A consecuencia de la revolucion de 1810, la poblacion de la capital comenzó á crecer, pero este crecimiento fué mas notable desde 1814. La industria acogió á los inmigrantes; D. Jacinto López Pimentel y otros proporcionaron trabajo; de manera que el progreso de aquella fué tan rápido en quince ó veinte años, como había sido lento en dos siglos. En 1830 (1) el va-

(1) Hacia este tiempo se plantaron moreras con el fin de acli-

lor de la exportacion de nuestras manufacturas ascendía anualmente á muchos millares de pesos; crecía el tráfico; se desarrollaba el comercio; y Aguascalientes fué entónces la primera ciudad del Estado de Zacatecas. El aumento de poblacion y los progresos de la industria activaron el comercio y determinaron el desarrollo de la agricultura. Se comenzaron á cultivar terrenos que permanecían incultos, y tuvo lugar un hecho que ha creado medianas fortunas y que ha sido y será de grandes y benéficos resultados—la division de la propiedad territorial.

Millares de brazos se ocupaban en los talleres, que no eran solo de hilados y tejidos de lana, seda y algodón, sino de carrocería, zapatería, sombrerería, etc., etc., etc. De los efectos en ellos fabricados se hacían, como he dicho, grandes exportaciones, las que aumentaron con el establecimiento de una fiera en la capital del hoy Estado, decretada por la legislatura de Zacatecas. Venían á nuestro Estado numerosos carros desde Coahuila, Chihuahua, Texas y Nuevo México, muchos de los cuales volvían cargados con nuestras manufacturas. Y como la fiera comenzaba el 20 y terminaba el 30 de Noviembre, y el siguiente dia se inauguraba la de San Juan de los Lagos, esta plaza proporcionaba mas transacciones mercantiles á los frutos de nuestra industria.

Tan bello orden de cosas debía cambiar; la industria recibió un golpe de muerte con la introduccion al

— matar el gusano de seda, y establecer una nueva industria, pero esto no ha producido resultado favorable aún.

país de telas extranjeras, con cuya calidad y precio no podían competir las nuestras. Cerráronse multitud de talleres; el «Obraje», que proporcionaba trabajo á mas de ochocientas familias, fué tambien clausurado; pues si bien D. Juan de Dios Belaunzarán quiso ser el sucesor del señor Pimentel, se encontró con diversas circunstancias, y sus esfuerzos, que deben estimarse, fueron estériles.

Creó entónces la necesidad otras artes, aparecieron otros hombres. D. Pedro Berro, D. Manuel Alejandro Calera, D. Alejandro Guinchar, D. Francisco Recalde, etc., establecieron talleres de curtiduría, cuyos productos rivalizaron con los mejores del país; D. José María Chávez y sus numerosos hijos daban ocupacion en un solo establecimiento á carpinteros, carroceros, herreros, fundidores, tipógrafos, litógrafos, sastres etc.; fabricáronse en Rincon de Romos pistolas, perfectamente imitacion de las de Colt, y carabinas de doce y de diez y seis tiros; tuvimos relojeros, plateros, grabadores, etc., etc.; de manera que el trabajador encontraba las puertas de los talleres abiertas de par en par.

Ahora la industria nos presenta una faz todavía mas agradable; tenemos la fábrica de hilados y tejidos de lana de San Ignacio y otra recientemente establecida en el «Obraje.» Aquella ha progresado rápidamente; y no es solo el trabajo manual quien produce nuestras manufacturas; al obrero prestan hoy su poderoso concurso la química y la mecánica; de manera que se encuentran en esos establecimientos trabajo y maestros, lo que significa la propaganda de los conocimientos y una esperanza de positivo progreso. Débe-

se la existencia de la fábrica de San Ignacio, donde se ha formado una bella y pequeña poblacion, á los señores D. Luis Stiker y D. Pedro Cornu, y la de la del «Obraje» á los señores D. Reyes Duron y D. Valentín Stiker. (1)

En Aguascalientes y en Calvillo se fabrican vinos de uva que pueden confundirse con algunos vinos españoles y franceses. Esta industria—lo creo así—es el porvenir de aquel Estado, siempre que la agricultura le preste su grande y eficaz auxilio.

Hé aquí reseñada la marcha progresiva de la industria del Estado, la que se desarrollará prodigiosamente luego que á los elementos con que le brinda nuestro suelo se adune la iniciativa individual y la de asociacion. Esto por lo que respecta á los ciudadanos; por lo que hace á los gobiernos, deben tener presente que en ningun país ha llegado la industria á su apogeo sin que se hayan creado para ella poderosos estímulos. No se ha reconocido ésta verdad, y por eso y por otras causas á que en distinto lugar me refiero, no son los

(1) D. Domingo Esparza, que no ha contado con los elementos de los dueños de la fábrica de San Ignacio, logró fabricar tejidos de algodón que imitan perfectamente los extranjeros. Por éstos géneros obtuvo justamente aquel, en la exposicion de 1873, la medalla de oro de primera clase.

D. Patricio Aizpuru, D. Santiago Calera y otros muchos, han hecho progresar la industria y proporcionado trabajo á muchos brazos. Ultimamente D. Gil Chávez, ha abierto un taller de carrocería, en donde se construyen carruajes y muebles que pueden rivalizar con los americanos, aquellos, y éstos con los austriacos.

adelantamientos de nuestra industria lo que han sido en Puebla y en el Distrito Federal.

En los pueblos antiguos, cuando la vida privada se subalternó á la vida pública y el ciudadano se dedicaba preferentemente á los deberes que ésta le imponía, abandonando sus propios intereses, pudo comprenderse por qué no progresaban las artes; pudo comprenderse esto mismo en la edad media, cuando el hombre se entregaba enteramente á los negocios de la religion y pesaban sobre él las dos fuerzas que mas entorpecen la inteligencia y el trabajo—el fanatismo y la tiranía. Ahora el hombre se ha emancipado de ellas; ahora se labra la propia dicha y se coopera á la de la sociedad. Demostrado por la ciencia económica que todo valor procede del trabajo, que éste aumenta la produccion y que la produccion hace la riqueza privada y la pública, el unánime esfuerzo de los hijos del Estado debe tener por punto objetivo el aumento de la produccion, para que sea el mismo Estado el almacen industrial á donde concurran consumidores de todos los lugares ménos adelantados que nosotros. Que no nos desaliente la idea de que el progreso de la industria dé por resultado que las máquinas sustituyan á los brazos y encuentren trabajo muy pocos. Los adelantamientos de la industria requieren, es cierto, el concurso de la mecánica; pero esto trae consigo un resultado fecundo en bienes. Cuando en todos los ramos de aquella se emplean las máquinas, entónces es cuando á los pequeños talleres suceden los que establecen las asociaciones, que representan grandes capitales, cuya circulacion no solo aumenta el trabajo y crea el bienes-

tar de la clase obrera, sino que determina la prosperidad de todo un pueblo. Lo demás es de la incumbencia de los que gobiernan. Si éstos tienen la decidida voluntad de hacer el bien, acompañada de los conocimientos que se necesitan para favorecer á la industria de una manera eficaz, es entónces el éxito más seguro. Creo que sabrán los gobernantes del Estado que tienen el deber de realizar la gran teoría que puede reducirse así: *crear estímulos y remover obstáculos*, y que deben hacerlo, no conforme á las reglas de esta ó aquella escuela, no aceptando ciegamente las doctrinas del libre cambio ó las del proteccionismo, sino obrando con pleno conocimiento de una situacion dada y en el sentido que mas favorezca el rápido desarrollo de la industria.

Desde luego se tropieza con un obstáculo que todos palpamos, porque lo vemos todos—la existencia de las alcabalas, sistema monstruoso de exaccion que mata á la industria gravando las materias primas. Pueden ser éstas exceptuadas de todo grávamen, en concepto de los legisladores del Estado? Aceptan el principio económico de la libre competencia entre los Estados? Tienen valor para tocar la llaga y aplicar el remedio?

Yo me atrevo á indicar una idea que me parece aceptable en el Estado, por mas que ella no sea enteramente conforme á las doctrinas económicas que mas me seducen, porque están mas de acuerdo con el principio de la libertad en todo. Acéptese por ahora la teoría de List, ó mejor dicho, la de la liga aduanera alemana. Distíngase entre los efectos que se introducen

al Estado, las materias acabadas, las semi-elaboradas y las primas, y exímanse éstas de todo impuesto, exíjase pequeño á las segundas y grávense las primeras. Acójase esta idea, si se cree realizable; si se encuentran medios mas seguros, propónganse y llévense luego al terreno de la práctica. Tengan presente los que tienen en sus manos los destinos de Aguascalientes, que es la industria á quien debió el Estado su engrandecimiento, que para dedicarse á ella poseen felices disposiciones mis compatriotas, y que la situación geográfica de nuestro suelo, los elementos que atesora y los grandes centros de consumo que lo circundan, favorecen el progreso de la industria, ramo importantísimo de la riqueza pública.

CAPITULO XXXI.

Minería. (1)

ASIENTOS DE IBARRA está situado cerca de los 22° latitud N., 102° longitud O. de Greenwich, y á cosa de 7064 piés ingleses arriba del nivel del mar, y pertenece al Estado de Aguascalientes, de cuya capital dista unas treinta millas al N. N. E.

(1) Ha puesto á mi disposición este capítulo, con una deferencia que estimo en su verdadero valor, el Sr. D. Miguel Velázquez de Leon, inteligente ingeniero de minas. A él debo poder dar á conocer la importancia del rico mineral de Asientos. Por tan valiosa adquisición doy las gracias al ilustrado autor de esta parte de mi obra.